

des como melones pequeños, los cuales nascen pegados en el tronco principal de la higuera en lo alto de ella, y muchos de ellos en las ramas y en cantidad, y tienen la corteza ó cuero delgado, y todo lo demás es de una carnosidad espesa como la del melon, y de buen sabor, y córtase á rebanadas como el melon; y en el medio del dicho higo ó fruto tienen las pepitas, las cuales son menudas y negras, y envueltas en una manera de materia y humor, de la forma que lo están las de los membrillos, y son tanta cantidad como un huevo de gallina, poco mas ó menos, segun la cantidad del higo ó fruta de suso expresada, y aquellas pepitas se comen y son sanas, pero del mismo sabor, ni mas ni menos, que el mastuerzo. E por esto los que por aquellas partes andamos sirviendo á vuestra majestad llamamos esta fruta los higos del mastuerzo, de la cual simiente se ha puesto en el Darien, y se hicieron estas higueras muy bien, y yo comí muchos higos de estos, y son de la manera que lo he dicho.

CAPITULO LXXI.

Membrillos.

Hay unas frutas que en Tierra-Firme los cristianos las llaman membrillos, pero no lo son, mas son de aquel tamaño, y redondos y amarillos, y la corteza tiénenla verde y amarga, y quitansela, y hácenlos cuartos y sácanles ciertas pepitas que tienen amargas, y lo demás échanlo en la olla á cocer con la carne ó sin ella, con otras cosas que quieren guisar, y son muy buenos y substanciales y de buen sabor y mantenimiento, y los árboles en que nascen son no grandes, y tienen mas semejanza de plantas que de árboles, y hay mucha cantidad de ellos, y la hoja es cuasi de la manera de la hoja de los membrillos de España.

CAPITULO LXXII.

Perales.

En Tierra-Firme hay unos árboles que se llaman perales, pero no son perales como los de España, mas son otros de no menos estimacion; antes son de tal fruta, que hacen mucha ventaja á las peras de acá. Estos son unos árboles grandes, y la hoja ancha y algo semejante á la del laurel, pero es mayor y mas verde. Echa este árbol unas peras de peso de una libra y muy mayores, y algunas de menos; pero comunmente son de á libra, poco mas ó menos, y la color y talle es de verdaderas peras, y la corteza algo mas gruesa, pero mas blanda, y en el medio tiene una pepita como castaña ingerta, mondada; pero es amarguísima, segun atrás se dijo del mamey, salvo que esta es de una pieza, y la del mamey de tres, pero es así amarga y de la misma forma, y encima de esta pepita hay una telica delgadísima, y entre ella y la corteza primera está lo que es de comer, que es harto, y de un licor ó pasta que es muy semejante á manteca y muy buen manjar y de buen sabor, y tal, que los que las pueden haber las guardan y precian; y son árboles salvajes así este como todos los que son dichos, porque el principal hortolano es Dios, y los indios no ponen en estos árboles trabajo ninguno. Con queso saben muy bien estas peras, y cógense temprano, antes que maduren, y guárdanlas, y después de

cogidas, se sazonan y ponen en toda perfeccion para las comer; pero después que están cuales conviene para comerse, piérdense si las dilatan y dejan pasar aquella sazón en que están buenas para comerlas.

CAPITULO LXXIII.

Higuero.

El higuero es un árbol mediano, y algunos grandes, segun donde nascen, y echan unas calabazas redondas que se llaman higueras, de las cuales hacen vasos para beber, como tazas, y en algunas partes de Tierra-Firme las hacen tan gentiles y tan bien labradas y de tan lindo lustre, que puede beber con ellas cualquier gran príncipe; y les ponen sus asideros de oro, y son muy limpias, y sabe muy bien en ellas el agua, y son muy necesarias y útiles para beber, porque los indios en la mayor parte de Tierra-Firme no tienen otros vasos.

CAPITULO LXXIV.

Hobos.

Los hobos son árboles muy grandes y muy hermosos y de muy lindo aire, y sombra muy sana; hay mucha cantidad de ellos, y la fruta es muy buena y de buen sabor y olor, y es como unas ciruelas pequeñas amarillas, pero el cuesco es muy grande, y tienen poco que comer, y son dañosos para los dientes cuando se usan mucho, por causa de ciertas briznas que tienen pegadas al cuesco, por las cuales pasan las encías, cuando quiere hombre despegar de ellas lo que se come de esta fruta. Los cogollos de ellos echados en el agua, cocciéndola con ellos, es muy buena para hacer la barba y lavar las piernas, y de muy buen olor; y las cáscaras ó cortezas de este árbol, cocidas, y lavando las piernas con el agua, aprietan mucho y quitan el cansancio, y maravillosa y palpablemente es un muy excelente y salutífero baño; y es el mejor árbol que en aquellas partes hay para dormir debajo de él, y no causa ninguna pesadumbre á la cabeza, como otros árboles; y como en aquella tierra los cristianos acostumbran andar mucho al campo, está esto muy probado, y luego que hallan hobos cuelgan debajo de ellos sus hamacas ó camas para dormir.

CAPITULO LXXV.

Del palo santo, al cual los indios llaman guayacan.

Así en las Indias como en estos reinos de España y fuera de ellos es muy notorio el palo santo, que los indios llaman guayacan, y por esto diré de él alguna cosa con brevedad; este es un árbol poco menos que nogal, y hay muchos de estos árboles, y muchos bosques llenos de ellos, así en la isla Española como en otras islas de aquellas mares; pero en Tierra-Firme yo no le he visto ni he oído decir que haya estos árboles. Este árbol tiene toda la corteza toda manchada de verde, y mas verde y pardillo, como suele estar un caballo muy overo ó muy manchado; la hoja de él es como de madroño, pero es algo menor y mas verde, y echa unas cosas amarillas pequeñas por fruto, que parencendos altramuces, junto el uno al otro por los cantos. Es madero muy fortísimo y pesado, y tiene el corazón casi negro, sobre pardo; y porque la principal virtud de este madero es

sanar el mal de las buas, y es cosa tan notoria, no me detengo mucho en ello, salvo que del palo de él toman astillas delgadas, y algunos lo hacen limar, y aquellas limaduras cuéccenlas en cierta cantidad de agua, y segun el peso ó parte que echan de este leño á cocer; y desde que ha desmenguado el agua en el cocimiento las dos partes ó mas, quitánla del fuego y repósase, y bébenla los dolientes ciertos dias por las mañanas en ayunas, y guardan mucha dieta, y entre dia han de beber de otra agua, cocida con el dicho guayacan; y sanan sin ninguna duda muchos enfermos de aqueste mal; pero porque yo no digo aquí tan particularmente esta manera de como se toma este palo ó agua de él, sino como se hace en la India, donde es mas fresco, el que tovriere necesidad de este remedio, no se cure por lo que yo aquí escribo, porque acá es otra tierra y temple de aires y es mas fria region, y conviene guardarse los dolientes mas y usar de otros términos; pero es tan usado, y saben ya muchos cómo acá se ha de hacer, y de aquellos tales se informe quien tovriere necesidad de curarse; solamente sabré yo aprovechar en aconsejar al que quisiere escoger el mejor guayacan, que lo procure de la isla Beata. Puede vuestra majestad tener por cierto que aquesta enfermedad vino de las Indias, y es muy comun á los indios, pero no peligrosa tanto en aquellas partes como en estas; antes muy fácilmente los indios se curan en las islas con este palo, y en Tierra-Firme con otras yerbas ó cosas que ellos saben, porque son muy grandes herbolarios. La primera vez que aquesta enfermedad en España se vido fué después que el almirante don Cristóbal Colon descubrió las Indias y tornó á estas partes, y algunos cristianos de los que con él vinieron que se hallaron en aquel descubrimiento, y los que el segundo viaje hicieron, que fueron mas, trujeron esta plaga, y de ellos se pegó á otras personas; y después, el año de 1493, que el gran capitán don Gonzalo Fernandez de Córdoba pasó á Italia con gente en favor del rey don Fernando jóven de Nápoles, contra el rey Charles de Francia, el de la cabeza gruesa, por mandado de los Católicos reyes don Fernando y doña Isabel, de inmortal memoria, abuelos de vuestra sacra majestad, pasó esta enfermedad con algunos de aquellos españoles, y fué la primera vez que en Italia se vido; y como era en la sazón que los franceses pasaron con el dicho rey Charles, llamaron á este mal los italianos el mal francés, y los franceses le llaman el mal de Nápoles, porque tampoco le habian visto ellos hasta aquella guerra, y de ahí se esparció por toda la cristiandad, y pasó en África por medio de algunas mujeres y hombres tocados de esta enfermedad; porque de ninguna manera se pega tanto como del ayuntamiento de hombre á mujer, como se ha visto muchas veces, y asimismo de comer en los platos y beber en las copas y tazas que los enfermos de este mal usan, y mucho mas en dormir en las sábanas y ropa de los tales hayan dormido; y es tan grave y trabajoso mal, que ningun hombre que tenga ojos puede dejar de haber visto mucha gente podrida y tornada de san Lázaro á causa de esta dolencia, y asimismo han muerto muchos de ella; y los cristianos que se dan á la conversacion y ayuntamiento de las indias, pocos hay que escapen de este

peligro; pero, como he dicho, no es tan peligroso allá como acá, así porque allá este árbol es mas provechoso y fresco, hace mas operacion, como porque el temple de la tierra es sin frio y ayuda mas á los tales enfermos que no el aire y constelaciones de acá. Donde mas excelente es este árbol para este mal, y por experiencia mas provechoso, es que se trae de una isla que se llama la Beata, que es cerca de la isla de Santo Domingo de la Española, á la banda del mediodía.

CAPITULO LXXVI.

Xagua.

Entre los otros árboles que hay en las Indias, así en las islas como en la Tierra-Firme, hay una natura de árbol que se dice xagua, del cual género hay mucha cantidad de árboles. Son muy altos y derechos y hermosos en la vista, y hácese de ellos muy buenas astas de lanzas, tan luengas y gruesas como las quieren, y son de linda tez y color entre pardo y blanco. Este árbol echa una fruta tan grande como dormideras, y que les quiere mucho pareecer, y es buena de comer cuando está sazónada; de la cual fruta sacan agua muy clara, con la cual los indios se lavan las piernas, y á veces toda la persona, cuando sienten las carnes relajadas ó flojas, y tambien por su placer se pintan con esta agua; la cual, demás de ser su propria virtud apretar y restringir, poco á poco se torna tan negro todo lo que la dicha agua ha tocado como un muy fino azabache, ó mas negro, la cual color no se quita sin que pasen doce ó quince dias, ó mas, y lo que toca en las uñas, hasta que se mudan, ó cortándolas poco á poco como fueren creciendo, si una vez se deja parar bien negro; lo cual yo he muy bien probado, porque tambien á los que por aquellas partes andamos, á causa de los muchos rios que se pasan, es muy provechosa la dicha xagua para las piernas desde las rodillas abajo; suélese hacer muchas burlas á mujeres rociándolas descuidadamente con agua de esta xagua, mezclada con otras aguas olorosas, y sálenles mas lunares de los que querrian; y la que no sabe de qué causa, pónenla en congoja de buscar remedios, todos los cuales son dañosos, ó aparejados mas para se quemar ó desollar el rostro que no para guarecerle, hasta que haga su curso, y poco á poco por sí misma se vaya deshaciendo aquella tinta. Cuando los indios han de ir á pelear se pintan con esta xagua y con bixa, que es una cosa á manera de almagre, pero mas colorada, y tambien las indias usan mucho de esta pintura.

CAPITULO LXXVII.

Manzanas de la yerba.

Las manzanillas de que los indios caríbes frecheros hacen la yerba que tiran con sus frechas nascen en unos árboles copados, de muchas ramas y hojas, y espesos y muy verdes, y cargan mucho de esta mala fruta, y son las hojas semejantes á las del peral, excepto que son menores y mas redondas. La fruta es de la manera de las peras moscarelas de Secilia ó de Nápoles al parecer, y el talle y tamaño segun las cermeñas, de talle de peras pequeñas, y en algunas partes están manchadas de rojo, y son de muy suave olor; estos árboles por

la mayor parte siempre nacen y están en las costas de la mar y junto al agua de ella, y ningún hombre hay que los vea, que no codicie comer muchas peras ó manzanas de estas. De aquesta fruta, y de las hormigas grandes que causan los encordios de que atrás se dijo, y de víboras y otras cosas ponzoñosas, hacen los indios caribes frecheros la yerba con que matan con sus saetas ó frechas; y nacen, como he dicho, estos manzanos cerca del agua de la mar; y todos los cristianos que en aquellas partes sirven á vuestra majestad piensan que ningún remedio hay tal para el herido de esta yerba como el agua de la mar, y lavar mucho la herida con ella, y de esta manera han escapado algunos, pero muy pocos; porque en la verdad, aunque esta agua de la mar sea la contrayerba, si por caso lo es, no se sabe aun usar del remedio, ni hasta agora los cristianos le alcanzan, y de cincuenta que hieran, no escapan tres; pero para que mejor pueda vuestra majestad considerar la fuerza de la ponzoña de estos árboles, digo que solamente echarse un hombre poco espacio de hora á dormir á la sombra de un manzano de estos, cuando se levanta tiene la cabeza y ojos tan hinchados, que se le juntan las cejas con las mejillas, y si por acaso cae una gota ó mas del rocío de estos árboles en los ojos, los quiebra, ó á lo menos los ciega. No se podría decir la pestilencial natura de estos árboles, de los cuales hay asaz copia desde el golfo de Urabá, en la costa del norte, á la banda del poniente ó del levante, y tantos, que son sin número; y la leña de ellos cuando arde no hay quien la pueda sufrir, porque en continente da muy grandísimo dolor de cabeza.

CAPITULO LXXVIII.

Arboles grandes.

En Tierra-Firme hay tan grandes árboles, que si yo hablase en parte que no hubiese tantos testigos de vista, con temor lo osaría decir. Digo que á una legua del Darien, ó ciudad de Santa María del Antigua, pasa un río harto ancho y muy hondo, que se llama el Cuti, y los indios tenían un árbol grueso, atravesado de parte á parte, que tomaba todo el dicho río, por el cual pasaron muchas veces algunos que en aquellas partes han estado, que agora están en esta corte, y yo asimismo; el cual era muy grueso y muy luengo; y como días había que estaba allí, íbase abajando en el medio de él; y aunque pasaban por encima, era en un trecho de él dando el agua cerca de la rodilla. Por lo cual agora tres años, en el año de 1522, seyendo yo justicia por vuestra majestad en aquella ciudad, hice echar otro árbol poco mas bajo del susodicho, que atravesó todo el dicho río y sobró de la otra parte mas de cincuenta piés, y mas grueso, y quedó encima del agua mas de dos codos, y al caer que cayó, derribó otros árboles y ramas de los que estaban del otro cabo, y descubrió ciertas parras de las que atrás se hizo mención, de muy buenas uvas negras, de las cuales comimos muchas mas de cincuenta hombres que allí estábamos. Tenia este árbol, por lo mas grueso de él, mas de diez y seis palmos; pero á respecto de otros muchos que en aquella tierra hay, era muy delgado, porque los indios de la costa y provincia de Cartagena hacen canoas, que son las barcas en que

ellos navegan, tan grandes, que en algunas van ciento, y ciento y treinta hombres, y son de una pieza y árbol solo; y de través, al ancho de ellas, cabe muy holgadamente una pipa ó bota, quedando á cada lado de ella lugar por do pueda muy bien pasar la gente de la canoa. E algunas son tan anchas, que tienen diez y doce palmos de ancho, y las traen y navegan con dos velas, que son la maestra y del trinquete; las cuales velas ellos hacen de muy buen algodón.

El mayor árbol que yo he visto en aquellas partes ni en otras, fué en la provincia de Guaturo; el cacique de la cual, estando rebelado de la obediencia y servicio de vuestra majestad, yo fui á buscarle y le prendí; y pasando, con la gente que conmigo iba, por una sierra muy alta y muy llena de árboles, en lo alto de ella topamos un árbol, entre los otros, que tenia tres raíces ó partes de él en triángulo, á manera de trévedes, y dejaba entre cada uno de estos tres piés abierto mas espacio de veinte piés, y tan alto, que una muy ancha carreta y envarada, de la manera que en este reino de Toledo las envaran al tiempo que cogen el pan, cupiera muy holgadamente por cualquiera de todas tres lumbrés ó espacio que quedaba de pié á pié, y en lo alto de tierra, mas espacio que la altura de una lanza de armas; se juntaban todos tres palos ó piés, y se resolvían en un árbol ó tronco, el cual subía muy mas alto en una pieza sola, antes que desparciese ramas, que no es la torre de San Roman de aquesta cibdad de Toledo; y de aquella altura arriba echaba muchas ramas grandes. Algunos españoles subieron por el dicho árbol, y yo fui uno de ellos, y desde adonde llegué por él, que fué hasta cerca de donde comenzaba á echar brazos ó las ramas, era cosa de maravilla ver la mucha tierra que desde allí se parecía hácia la parte de la provincia de Abrayme. Tenia muy buen subidero el dicho árbol, porque estaban muchos bejucos rodeados al dicho árbol, que hacían en él muy seguros escalones. Sería cada pié de estos tres sobre que dije que nascía ó estaba fundado este árbol, mas gruesos que veinte palmos; y después que todos tres piés en lo alto se juntaban en uno, aquel principal era de mas de cuarenta y cinco palmos en redondo. Yo le puse nombre á aquella montaña, la sierra del Arbol de las Trévedes. Esto que he dicho vido toda la gente que conmigo iba cuando, como dicho es, yo prendí al dicho cacique de Guaturo el año de 1522. Muchas cosas se podrían decir en esta materia, y muy excelentes maderas hay, y de muchas maneras y diferencias, así como cedros de muy buen olor, y palmas negras, y mangles; y de otras muchas suertes, y muchos de ellos tan pesados, que no se sostienen sobre el agua, y se van á lo hondo de ella; y otros tan ligeros, que el corcho no lo es mas. Solamente lo que á esta parte toca no se podría acabar de escribir en muchas mas hojas que todo lo que de esta relación ó sumario está escrito.

Y porque la materia es de árboles, antes que pase á otras cosas quiero decir la manera de como los indios con palos encienden fuego donde quiera que ellos lo quieren hacer, y es de aquesta manera: toman un palo tan luengo como dos palmos y tan grueso como el mas delgado dedo de la mano, ó como es una saeta, y muy bien labrado y liso, de una madera muy fuerte que ya ellos

tienen para aquello; y donde se paran para encender la lumbre toman dos palos de los secos y mas livianos que hallan por tierra, y muy juntos el uno á par del otro, como los dedos apretados, y entre medias de los dos ponen de punta aquel palillo recio, y entre las palmas tuercen recio, frotando muy continuamente; y como lo bajo de este palillo está ludiendo á la redonda en los dos palos bajos que están tendidos en tierra, se encienden aquellos en poco espacio de tiempo, y de esta manera hacen lumbre.

Asimismo es bien que se diga lo que á la memoria ocurre de ciertos leños que hay en aquella tierra, y aun en España algunas veces se hallan, y estos son unos troncos podridos de los que há mucho tiempo que están caídos por tierra, que están ligerísimos y blancos, y relucen de noche propriamente como brasas vivas; y cuando los españoles hallan de estos palos y van de noche á entrar á hacer la guerra en alguna provincia, y les es necesario andar alguna vez de noche por parte que no se sabe el camino, toma el delantero cristiano que guia y va junto al indio que les enseña el camino, una astilla de este palo y pónesela en el bonete, detrás sobre las espaldas, y el que va tras aquel síguete atinando y viendo la dicha astilla que así reluce, y aquel segundo lleva otra, tras el cual va al tercero, y de esta manera todos las llevan, y así ninguno se pierde ni aparta del camino que llevan los delanteros. E como quiera que esta lumbre ó resplandor no parece del muy lejos, es un aviso muy bueno, y que por él no son descubiertos ni sentidos los cristianos, ni los pueden ver desde muy lejos.

Una muy gran particularidad se me ofresce de que Plinio, en su natural historia, hace expresa mención, y es que dice que árboles son aquellos que siempre están verdes y no pierden jamás la hoja, así como el laurel, y el cidro, y naranjo, y olivo, y otros, en que por todos dice hasta cinco ó seis. A este propósito digo que en las islas y Tierra-Firme sería cosa muy difícil hallar dos árboles que pierdan la hoja en algun tiempo; porque aunque he mirado mucho en ello, ninguno he visto ni me acuerdo que la pierda, ni de aquellos que se han llevado de España, así como naranjos, y limones, y cidros, y palmas, y granados, y todos los de demás, de cualquier género que sean, excepto el cañafistolo, que este la pierde, y tiene otro extremo mas, en lo cual es solo, que así como todos los árboles y plantas en las Indias echan sus raíces en obra ó cantidad de un estado en hondo, y algo menos ó muy poquito mas, de la superficie de la tierra, y de allí adelante no pasan, por la calor ó disposicion contraria que en lo mas hondo de lo que es dicho hallan, el cañafistolo no deja de entrar mas abajo, y no para hasta tocar en el agua. Esto no lo hace otro árbol alguno ni planta en aquellas partes; y esto baste cuanto á lo que toca á los árboles, porque, como dicho es, es cosa para se poder extender la pluma y escribir una muy larguísima historia.

CAPITULO LXXIX.

De las cañas.

No he querido poner en el capítulo antes de este lo que aquí se dirá de las cañas, ni las quiero mezclar con las plantas, porque es cosa mucho de notar y mirar par-

ticulamente. En Tierra-Firme hay muchas maneras de cañas, y en muchas partes hacen casas y las cubren con los cogollos de ellas, y hacen las paredes de las mismas, como atrás se dijo; pero entre muchas maneras de cañas, hay una de unas que son grosísimas y de tan grandes cañutos como un muslo de un hombre grueso, y de tres palmos y mucho mas de luengo, y que pueden haber mas de un cántaro de agua cada cañuto; y hay otras de menos grosseza y del tamaño que los quieren, y hacen muy buenos carcajes para traer las saetas en los cañutos de ellas. Pero una manera de cañas hay en Tierra-Firme, que son cosa de mucha admiracion, las cuales son tan gruesas ó algo mas que astas de lanzas jinetas, y los cañutos mas luengos que dos palmos, y nascen lejos unas de otras, y acaece hallar una ó dos de ellas desviadas la una de la otra veinte y dos y treinta pasos, y mas y menos, y no hallar otra á veces en dos ó tres ó mas leguas, y no nascen en todas provincias, y siempre nascen cerca de árboles muy altos, á los cuales se arriman, y suben por encima de las ramas de ellos, y tornan para abajo hasta el suelo; y todos los cañutos de estas tales cañas están llenos de muy buena y excelente y clara agua, sin ningún resabio de mal sabor de la caña ni de otra cosa, mas que si se cogiese de la mejor fuente del mundo, y no se halla haber hecho daño á ninguno que la bebiese. Antes muchas veces, andando por aquellas partes los cristianos, en lugares secos, que faltándoles el agua, se ven en mucha necesidad de ella y á punto de perescer de sed, topando estas cañas son socorridos en su trabajo, y por mucha que de ella bebían, ningún daño les hace; y como las hallan, hácenlas trozos, y cada compañero lleva dos ó tres cañutos, ó los que puede ó quiere, en que para seguir su jornada lleva una ó dos azumbres de agua, y aunque las lleven algunas jornadas y luengo camino, va fresca y muy buena.

CAPITULO LXXX.

De las plantas y yerbas.

Pues la brevedad de mi memoria ha dado conclusion á lo que de los árboles me he acordado, pasemos á las plantas y yerbas que en aquellas partes hay. De las que tienen semejanza á las de España en la facción ó en el sabor, ó en alguna particularidad, se dirá con pocas palabras en lo que tocara á Tierra-Firme; porque en lo de las islas Española y las otras que están conquistadas, así de árboles como de plantas y yerbas de las que se llevaron de España, atrás queda dicho, y de todas aquellas ó las mas de ellas hay asimismo en Tierra-Firme, así como naranjos agros y dulces, y limones y cidros, y todas hortalizas, y melones muy buenos todo el año, y albahaca, la cual, no llevada de España, pero natural de aquella tierra, por los montes y en muchas partes la hallan, y asimismo yerba mora y verdolagas: estas tres cosas hay allá y son naturales de aquella tierra, y en facción, y tamaño, y sabor, y olor, y fruto son como en Castilla. Pero demás de estas, hay mucho mastuerzo salvaje, que en el sabor es ni mas ni menos que el de España; pero la rama es gruesa y mayor, y las hojas grandes. E asimismo hay culantro muy bueno, y como el de acá en el sabor; pero muy diferente en la hoja, la cual es muy ancha, y por ella algunas espinas muy sútiles y enojosas;

pero no tanto, que se deje de comer. E hay asimismo árbol del mismo olor que el de España, pero de muchas hojas y mas hermosa rama, y la flor blanca, y las hojas luengas y mayores que las del laurel, ó tamañas.

Hay otra yerba cuasi del arte de la correhuela, salvo que es mas sutil en rama, y mas ancha comunmente la hoja, y llámase Y. Hácese á montones, ó amontonada á muchas, la cual es para los puercos muy apetitosa y deseada, y engordan mucho con ella; y los cristianos se purgan con ella, y es muy excelente, y se puede dar esta purgacion á un niño ó á una mujer preñada, porque no es para mas de tres ó cuatro veces retraerse el que la toma; la cual majan mucho, y aquel zumo de ella cuélanlo, y porque pierda algo de aquel verdor échanle un poco de azúcar y beben una pequeña escudilla de ella en ayunas; pero no amarga, y aunque no le echen azúcar ó miel se puede muy bien beber; ni todas las veces los cristianos tienen azúcar para se la echar, y á todos los que la toman aprovecha y la loan; lo cual algunos no hacen. Las avellanas, en las cuales pues, á consecuencia del purgar, me acordé de ellas, no debe tener todo hombre seguridad, porque á algunas personas he visto á quien ningun provecho han hecho ni les ha hecho purgar, y á otros estómagos hacen tanta corrupcion, que los ponen en extremo ó matan, y por su violencia ha de haber mucha consideracion y tiento en las tomar. Aquestas nacen en la Española y otras islas, y en Tierra-Firme yo no las he visto ni he oido hasta agora que las haya. Son unas plantas que parecen cuasi árboles, y hacen unos fluecos colorados amontonados, ó que salen de un principio como los granos del hinojó, y en aquellas se hacen las avellanas, á las cuales saben y parecen en el sabor, y aun mejor. En España hay mucha noticia de ellas, y muchos las buscan y se hallan bien con ellas.

Hay otras plantas que se llaman ajas, y otras que se llaman batatas, y las unas y las otras se siembran de la propia rama, la cual y las hojas tienen cuasi como correhuela ó yedra tendidas por tierra, y no tan gruesa como la yedra la hoja, y debajo de tierra nascen unas mazorcas como nabos ó zanahorias; las ajas tiran á un color como entre morado azul, y las batatas mas pardas, y asadas son excelente y cordial fruta, así los ajas como las batatas, pero las batatas son mejores.

Hay asimismo melones que siembran los indios, y se hacen tan grandes, que comunmente son de media arroba, y de una, y mas; tan grandes algunos, que un indio tiene qué hacer en llevar una á cuestras; y son macizos, y por de dentro blancos, y algunos amarillos, y tienen gentiles pepitas cuasi de la manera de las calabazas, y guárdalos para entre el año; y lo tienen por muy principal mantenimiento y son muy sanos, y cómense cocidos á manera de cachos de calabazas, y son mejores que ellas.

Calabazas y berengenas de España hay muchas, que se han hecho de la simiente de las que se llevaron de España; pero las berengenas acertaron en su tierra, y esles tan natural como á los negros Guinea, porque un pié de una berengena muchas veces se hace tan grande como un estado, y mucho mas, y comunmente son las matas de ellas mas altas que hasta la cinta, y dan be-

rengenas todo el año en un mismo pié ó planton de ella, sin la mudar, y las que están pequeñas hoy, cógenlas adelante, y nascen otras, y así prosiguiendo de continuo, dan fruto, y lo mismo hacen en aquella tierra los naranjos y higueras.

Hay una fruta que se llaman piñas, que nasce en unas plantas como cardos á manera de las zaviras, de muchas pencas, pero mas delgadas que las de la zavira, y mayores y espinosas; y de en medio de la mata nasce un tallo tan alto como medio estado, poco mas ó menos, y grueso como dos dedos, y encima de él una piña gruesa poco menos que la cabeza de un niño algunas; pero por la mayor parte menores, y llena de escamas por encima, mas altas unas que otras, como las tienen las de los piñones; pero no se dividen ni abren, sino están enteras estas escamas en una corteza del grosor de la del melon; y cuando están amarillas, que es dende á un año que se sembraron, están maduras y para comer, y algunas antes; y en el pezon de ellas algunas veces les nascen á estas piñas uno ó dos cogollos, y continuamente uno encima en la cabeza de la dicha piña; el cual cogollo no hacen sino ponerle debajo de tierra, y luego prende, y en el espacio de otro año hácese de aquel cogollo otra piña, así como es dicho, y aquel cardo en que la piña nasce, después que es cogida, no vale nada ni da mas fruto; y estas piñas ponen los indios y los cristianos cuando las siembran, á carreras y en órden como cepas de viñas, y huele esta fruta mejor que melocotones, y toda la casa huele por una ó dos de ellas, y es tan suave fruta, que creo que es una de las mejores del mundo, y de mas lindo y suave sabor y vista, y parecen en el gusto como melocotones, que mucho sabor tengan de duraznos, y es carnososa como el durazno, salvo que tiene briznas como el cardo, pero muy sotiles, mas es dañosa cuando se continúa á comer para los dientes, y es muy zumosa, y en algunas partes los indios hacen vino de ellas, y es bueno; y son tan sanas, que se dan á dolientes, y les abre mucho el apetito á los que tienen hastío y perdida la gana del comer.

Unos árboles hay en la isla Española espinosos, que al parecer ningun árbol ni planta se podría ver de mas salvajez ni tan feo, y segun la manera de ellos, yo no me sabria determinar ni decir si son árboles ó plantas; hacen unas ramas llenas de unas pencas anchas y disformes, ó de muy mal parecer, las cuales ramas primero fué cada una una penca como las otras, y de aquellas, endureciéndose y alongándose, salen las otras pencas; finalmente, es de manera que es dificultoso de escribir su forma, y para darse á entender seria necesario pintarse, para que por medio de la vista se comprendiese lo que la lengua falta en esta parte. Para lo que es bueno este árbol ó planta es, que majando las dichas pencas mucho, y tendido aquello á manera de emplasto en un paño, y ligando una pierna ó brazo con ello aunque esté quebrada en muchos pedazos, en espacio de quince dias lo suelda y junta como si nunca se quebrara, y hasta que haya hecho su operacion está tan aferada y asida esta medicina con la carne, que es muy dificultosa de la despegar; pero así como ha curado el mal y hecho su operacion, luego ella por sí misma se aparta y despegas de aquel lugar donde la habian pue-

to; y de este efecto y remedio que es dicho, hay mucha experiencia por los muchos que lo han probado.

Hay asimismo unas plantas que los cristianos llaman plátanos, los cuales son altos como árboles y se hacen gruesos en el tronco como un grueso muslo de un hombre, ó algo mas, y desde abajo arriba echa unas hojas longuissimas y muy anchas, y tanto, que tres palmos ó mas son anchas, y mas de diez ó doce palmos de longura; las cuales hojas después el aire rompe, quedando entero el lomo de ellas. En el medio de este cogollo, en lo alto, nasce un racimo con cuarenta ó cincuenta plátanos, y mas y menos, y cada plátano es tan luengo como palmo y medio, y de la grosseza de la muñeca de un brazo, poco mas ó menos, segun la fertilidad de la tierra donde nascen, porque en algunas partes son muy menores; tienen una corteza no muy gruesa, y fácil de romper, y de dentro todo es médula, que desollado ó quitada la dicha corteza, parece un tuétano de una caña de vaca: hase de cortar este racimo así como uno de los plátanos de él, se para amarillo, y después cuélgalo en casa, y allí se madura todo el racimo con sus plátanos. Esta es una muy buena fruta, y cuando los abren y curan al sol, como higos, son después una muy cordial y suave fruta, y muy mejor que los higos pasos muy buenos, y en el horno asados sobre una teja ó cosa semejante son muy buena y sabrosa fruta, y parece una conserva melosa y de excelente gusto. Llévanse por la mar y duran algunos dias, y hanse de coger para esto algo verdes, y lo que turan, que son quince dias, ó algo más, son muy mejores en la mar que en la tierra, no porque navegados se les aumente la bondad, sino porque en el mar faltan las otras cosas que en la tierra sobran, y cualquiera fruta es allí mas preciosa ó da mas contentamiento al gusto. Este tronco (ó cogollo), que se puede decir mas cierto) que dió el dicho racimo tarda un año en llevar ó hacer esta fruta, y en este tiempo ha echado en torno de sí diez ó doce, y mas y menos cogollos ó hijos, tales como el principal, que hacen lo mismo que el padre hizo, así en el dar sendos racimos de esta fruta á su tiempo, como en procrear y engendrar otros tantos hijos, segun es dicho. Después que se corta el racimo del fruto, luego se comienza á secar esta planta, y le cortan cuando quieren, porque no sirven de otra cosa sino de ocupar en balde la tierra sin provecho; y hay tantos, y multiplican tanto, que es cosa para no se creer sin verlo: son humidísimos, y cuando alguna vez los quieren arrancar ó quitar de raíz de algun lugar donde están, sale mucha cantidad de agua de ellos y del asiento en que estaban, que parece que toda la humedad de la tierra y agua de debajo de ella tenían atraída á su cepa y asiento. Las hormigas son muy amigas de estos plátanos, y se ven siempre en ellos gran muchedumbre de ellas por el tronco y ramas de los dichos plátanos, y en algunas partes han seido tantas las hormigas, que por respeto de ellas han arrancado muchos de estos plátanos y echádolos fuera de las poblaciones, porque no se podian valer de las dichas hormigas. Estos plátanos los hay en todo tiempo del año; pero no son por su origen naturales de aquellas partes, porque de España fueron llevados los primeros, y hanse multiplicado tanto, que es cosa de maravilla ver la abundancia que hay de ellos

en las islas y en Tierra-Firme, donde hay poblaciones de cristianos, y son muy mayores y mejores, y de mejor sabor en aquellas partes que en aquestas.

Hay unas plantas salvajes que se nacen por los campos, y yo no las he visto sino en la isla Española, aunque en otras islas y partes de las Indias las hay. Llámense tunas, y nascen de unos cardos muy espinosos, y echan esta fruta que llaman tunas, que parecen brevas ó higos de los largos, y tienen unas coronillas como las nísolas, y de dentro son muy coloradas, y tienen granillos de la manera que los higos; y así, es la corteza de ellas como la del higo, y son de buen gusto, y hay los campos llenos en muchas partes; y después que se comen tres ó cuatro de ellas (y mejor comiendo mas cantidad), si el que las ha comido se para á orinar, echa la orina ni mas ni menos que verdadera sangre, y en tal manera, que á mí me ha caescido la primera vez que las comí, y desde á una hora quise hacer aguas (á lo cual esta fruta mucho incita), que como vi la color de la orina, me puso en tanta sospecha de mi salud, que quedé como atónito y espantado, pensando que de otra causa intrínseca ó nueva dolencia me hobiese crecscido; y sin duda la imaginacion me pudiera causar mucha pena, sino que fui avisado de los que conmigo iban, y me dijeron la causa, porque eran personas mas experimentadas y antiguas en la tierra.

Hay unos tallos, que llaman bihaos, que nascen en tierra y echan unas varas derechas y hojas muy anchas, de que los indios se sirven mucho, de esta manera: de las hojas cubren las casas algunas veces, y es muy buena manera de cubrir la casa; algunas veces cuando llueve se las ponen sobre las cabezas y se defienden del agua. Hacen asimismo ciertas cestas, que ellos llaman habas, para meter la ropa y lo que quieren, muy bien tejidas, y en ellas entretujan estos bihaos, por lo cual, aunque llueve sobre ellas ó se mojen en un río, no se moja lo que dentro de las dichas habas está metido; y las dichas cestas hacen de las cortezas de los tallos de los dichos bihaos, y otras hacen de los mismos para poner sal y otras cosas, y son muy gentiles y bien hechas; y demás de esto, cuando en el campo se hallan los indios y les falta mantenimiento, arrancan los bihaos nuevos y comen la raíz ó parte de lo que está debajo de tierra, que es tierno y no de mal sabor, salvo de la manera de lo que los juncos tienen tierno y blanco debajo de tierra.

Y pues ya estoy al fin en esta relacion de lo que se me acuerda de esta materia, quiero decir otra cosa que me ocurre, y no es fuera de ella; lo que los indios hacen de ciertas cáscaras y cortezas y hojas de árboles que ya ellos conocen y tienen para teñir y dar colores á las mantas de algodón, que ellos pintan de negro y leonado y verde y azul y amarillo y colorado ó rojo, tan vivas y subidas cada una, que no puede ser mas en perficion, y en una olla, después que las han cocido, sin mudar la tiinta, hacen distincion y diferencia de todas las colores que es dicho, y esto creo que está en la disposicion de la color con que entra lo que se quiere teñir, ora sea en hilo hilado, como pintando en las dichas mantas y cosas donde quieren poner las dichas colores ó cualquier de ellas.